

La joven oyó pronunciar su nombre y alzó los ojos, que todos pudieron ver llenos de lágrimas.

—¡Nunca hubiera creído que amase tanto al difunto!—dijo Pedro Mechet.

—¡Ivon, menéate, muchacho—gritó Renata,—y lleva una escudilla de *grous* y un trago de sidra al pobre señor rector, que vela solo en el cuarto de Juan del Mar!

—¡Ay!—dijo Ivon abriendo desmesuradamente los ojos.—¿Tengo que entrar allí.

—¡Tiene miedo!—gritaron á coro.

Ivon, rojo como un tomate, tomó los dos vasos y salió sin decir palabra. Cuando volvió estaba pálido y tembloroso.

—¿Qué has visto, muchacho?—le preguntaron.

—El cura estaba arrodillado—respondió Ivon.—Juan del Mar parece que duerme, y se oye á los señores que cantan en la sala roja.

—¡A fe mía—dijo Merieul.—los señores lo pasarán bien allí, y nosotros aquí! ¡Venga sidra!

Los vasos se llenaron y to los bebieron en silencio. Después repitieron unánimemente:

—¡Buena sidra! ¡Vaya si es buena!

El reloj de pesas que había en el largo armario de roble señalaba las nueve y media.

Llamaron suavemente á la puerta exterior de la cocina.

—¡Abre, muchacho!—dijo Mathurin Houin á Ivon.

—Será Tiennet Blóne ó Jaume el pastor.

—Acaso el señor Luciano.

—O quizá la señorita Berta.

—¡La señorita Berta!—repitió Olivette, que pareció despertar sobresaltada.

Y miró á la puerta con espanto, como si hubiese esperado ver un fantasma.

Ivon abrió, y entró, efectivamente, un fantasma. Ivon cayó á tierra y los demás ocultaron la cabeza entre las manos.

La misma Olivette retrocedió y la vieja Renata cayó de rodillas temblando convulsivamente.

El fantasma atravesó la cocina; apenas sonaban sus pasos; abrió la puerta que comunicaba con el interior del castillo y desapareció.

Todos le vieron y le reconocieron. Era Juan del Mar, con su chaqueta de piel de lobo y el escuálido rostro consumido entre la espesa y blanca barba.

XXVII

Donde se ve crecer á «Primo y amigo».

¿Qué hacían entretanto los señores encerrados en la sala roja?

Antes de relatar el extraño festín que tuvo lugar en el castillo de Ceuil la noche de la muerte de Juan del Mar, es preciso retroceder algunas horas y trasladarnos á la cámara mortuoria.

En cuanto al fantasma que acababa de atravesar la cocina, ya volveremos á encontrarle, pues de seguro no había ido únicamente á asustar á las gentes que velaban.

Tiennet Blóne se engañaba al pensar que Juan Crehu de la Saulays había muerto solo y abandonado en su castillo. El viejo había muerto hablando con el doctor Morin, á quien trataba de asombrar con la audacia de su filosofía.

El doctor no esperaba de ningún modo tan brusco desenlace y hasta había quitado toda esperanza próxima á los colaterales. Guérineul y Houel se preparaban á reunir sus huesos. *Primo y amigo* erraba melancólicamente por los pasillos, invocando á la divinidad que preside las herencias y pensando en las hipotecas que gravaban su postrer asilo. Pero, aun desesperado, olfateaba. Perseguid á un chacal, y huirá lanzando su quejumbroso rugido; pero no irá muy lejos, pronto siempre á devorar al que desfallecido se rinda en la caravana. El heredero es un hombre-chacal.

Primo y amigo se encontró como por arte de magia

en el umbral de la puerta, cuando Morin dijo á los Romblon:

—¡Esto ha terminado!

Los Romblon tenían sus beneficios en casa de Juan del Mar, como en todas partes, aunque no se supiera el por qué de ellos.

—¿Qué oigo?—exclamó *Primo y amigo*.—¡Doctor, no puedo creerlo! ¿Será verdad que nuestro venerable amigo y primo?...

—¡Ha muerto!—dijo Morin.—¡Llame á sus sobrinos! *Primo y amigo* había crecido seis pulgadas.

—¡Los sobrinos!—repitió con desprecio.—¿Qué es eso de los sobrinos? ¡Nadie tiene derecho á llorar tanto como yo, señor Morin, que soy pariente suyo en grado próximo por mi respetable amiga y prima Josefina Crehu de Pretenteaieu, que me ha dejado cuanto tenía! ¡Ay, tenía bien poca cosa! ¡Los sobrinos, caballero! Creo que los sobrinos están después que yo: en todo caso, la justicia ha de decidirlo.

Primo y amigo pronunció tan notable discurso sin tomar aliento.

—¡Tiene razón, voto al Diablo!—dijo el joven Guérineul, que acababa de entrar.—Los sobrinos, ¡truenos del Infierno! ¡Sólo se habla de ellos! ¿Y la sobrina? ¡Por vida de...!

Se detuvo para mirar al difunto.

—Pero diga usted—añadió con cierta desconfianza, —¿está usted seguro de que ha muerto?

—¡Demasiado seguro!—replicó el doctor.

—¡Oh, pobre primo!—gimió el viejo Houel á la puerta.

Sin decir una palabra, papá Romblon abrió una voluminosa cartera y escribió con lapiz sobre un trozo de papel estas significativas palabras:

Tarde venientibus, ossa.

¡Dónde diablos va á refugiarse el latín!

Papá Romblon entregó este trozo de verso á Fiff Romblon, que salió para enviar á un mozo en busca de Fargeau y de Besnard.

Cuando Fiff volvió, papá le dijo:

—Fargeau me pagará bien ese papelito.

Entretanto *Primo y amigo*, uniendo su voz á la del viejo Houel, prorrumpló en insensatas lamentaciones.

—¡Por vida de un perro!—dijo Guérineul.—¡Serían ustedes capaces de resucitarle!

Entonces callaron.

Primo y amigo se frotó los ojos, que estaban secos.

—¿Dónde tenía sus papeles el querido amigo y primo?—preguntó.

—Señor Maudreuil—dijo Morin,—convendría esperar.

—Cobraré usted su visita, doctor—interrumpió *Primo y amigo* con dignidad;—se le pagará un precio decente, pero moderado. ¡Venid, señor Menand joven!

La *Alcachofa* se había quedado atrás modestamente.

Invitado por el señor Maudreuil, avanzó cinco ó seis pasos.

—Maestro Menand—repuso *Primo y amigo*,—usted debe de saber dónde tenía sus papeles el hombre respetable que lloramos.

La *Alcachofa* hizo un signo afirmativo.

—¡Bien! Dígalo, pues, maestro Menand—añadió Maudreuil.

La *Alcachofa* señaló el famoso cofre.

De una sola ojeada *Primo y amigo* descubrió la llave á la cabecera del muerto. Se apoderó de ella y se dirigió al cofre con digno continente.

Evidentemente, *Primo y amigo* se hacía el hombre de la situación.

En el cofre encontró el testamento que Berta había colocado allí la noche anterior y una nota explicativa en otro papel adjunto.

Primo y amigo tomó las dos piezas y volvió á cerrar el cofre, porque en presencia de tantos testigos no podía hacer otra cosa.

Todos se acercaron á él, deseosos de ver ambos papeles.

—¡Calma, señores!—dijo *Primo y amigo*.—Piensen ustedes que en el lugar en que nos encontramos debe acallarse las pasiones humanas.

—¡Ah!—refunfuñó papá Romblon al oído de Fiff Romblon.—¡Es soberbio este animal!

Houel, Morin y el mismo Menand joven rodeaban á *Primo y amigo*, que los apartó con un gesto soberano y se puso á leer tranquilamente la nota.

—¡Oh!—exclamó con enternecimiento.—¡Qué hombre! ¡No hacía nada como todo el mundo!

—Veamos, Maudreuil—dijo Houel.

—Primo y amigo, tenga usted calma, se lo ruego. Nuestro respetable amigo y primo hubiera podido, ciertamente, hacer por mí mucho más; pero le perdono. Todos somos herederos.

—¡Todos!—repitieron Morin, Houel y Fiff.

—Todos—dijo *Primo y amigo*,—excepto los queridos señores Romblon.

—¡Oh!—murmuró el papá.—¡Nos ganaremos, como siempre, nuestra vida allá!

—¡Pero sabremos al fin?...—dijo Houel.

—¡Calma!—replicó *Primo y amigo*, que se metió sencillamente el testamento en el bolsillo.

—¡Paciencia!—pensó Morin.—Fargeau va á venir.

—Eseuchen ustedes—dijo *Primo y amigo*, que continuaba teniendo la nota en la mano:—nuestro venerable amigo y primo no hacía nada como todo el mundo. Este papel es una especie de programa regulando cuanto debe hacerse el día de su muerte. Me encargo de ejecutarlo, y lo resumo por deferencia á vuestra muy natural curiosidad.

Juan Crehu quiere: 1.º Que todos sus herederos celebren un banquete la misma noche de su muerte. 2.º Que esta reunión tenga lugar á puerta cerrada. 3.º Que el vino de Burdeos y el ron no se escatimen...

—¡Mil bombas!—interrumpió Guérineul.—¡Vaya un hombre!

—No se opone—continuó *Primo y amigo*—á que el cura de Vesvron le dedique sus preces: eso le es igual, y quiere que el testamento se lea durante la comida, en presencia de todos los herederos. El festín debe celebrarse en el salón rojo. El asiento de Juan Crehu quedará desierto y revestido con crespones negros hasta el momento en que venga á ocuparle el que tiene derecho á ello.

La voz de *Primo y amigo* había temblado ligeramente al pronunciar estas últimas palabras.

—¿Qué quiere decir—preguntaron Houel y el doctor—eso de *el que tiene derecho á ocuparlo*?

—Señores y amigos—replicó Maudreuil,—ya trataremos de averiguarlo. Entretanto es preciso avisar al alcalde y al juez de paz para hacer las cosas en regla. Yo voy á ordenar que preparen la comida.

Y salió, llevándose la llave del cofre y el testamento.

Los demás le siguieron, Morin y Houel para llenar las formalidades necesarias, y la *Alcachofa*, para buscar un vaso de vino y una cebolla.

Los dos Romblon no parecían muy contrariados por no haber sido invitados á la famosa comida. Al marcharse se frotaban las manos, como hombres que ven un negocio en perspectiva.

En aquel momento, cuando el muerto quedó solo, fué cuando Tiennet Blóne entró en la habitación para buscar su libro de oraciones.

XXVIII

El fantasma.

¡Honor á Menand joven! ¡Sus pasiones eran sencillas y baratas! ¡La cebolla, el vino y el puño de su bastón le hacían del todo feliz!

Le proponemos como ejemplo á todos los notarios. Menand joven es un personaje profundamente estudiado.

No tenía talento, pero ¡cómo dormía de pie! No estaba tan fuerte en derecho como Besnard, pero ¡qué olfato tenía! En fin, parecía poseer ciertos talentos sociales. ¡Desconfiemos, sin embargo!

El castillo de Ceuil era un viejo caserón edificado en tiempos de Luis XIII. La sala roja era el aposento más solemne, la cámara histórica del castillo de Ceuil.

Verdad es que nunca había ocurrido nada trascendental en la sala roja. Pero ¿qué importa? Era la sala roja. Nunca se abría y era objeto de un respeto universal.

Merced á los inteligentes cuidados de *Primo y amigo*, la sala roja había sido preparada según la postera voluntad de Juan del Mar. En medio se alzaba una gran mesa capaz para once cubiertos, incluyendo el que se había colocado ante la silla vacía de Juan del Mar.

Primo y amigo, queriendo mostrar cuánto respetaba la voluntad del difunto, había hecho con su sillón una especie de trono aislado en el centro de la mesa y cubierto con amplio dosel de sarga negra.

Los convidados no podían ver el asiento, sino una especie de pabellón, cuyo exterior, lúgubramente tapizado con un paño negro salpicado de blancas lágrimas, parecía ocultar un ataúd.

Primo y amigo se había esmerado en hacer algo particularmente siniestro y que quitase el apetito á los convidados. Era un hombre de gusto, especialmente en todo lo que concernía á funerales.

La sala estaba muy desmantelada. Como el viento de la noche anterior había roto media docena de cristales, se habían soltado otros tantos cortinajes que tapaban los huecos de las ventanas.

En la chimenea chisporroteaba un buen fuego.

La sala roja tenía tres puertas: una que daba al pasillo interior, otra á una pieza deshabitada próxima á la de Juan del Mar y la tercera, que se abría tras el fúnebre dosel, comunicaba con la cocina y estaba formada por un tablero giratorio disimulado en la pared.

Las dos puertas principales se habían cerrado por dentro con llave y cerrojo. Pero, ausentes Luciano y Fargeau, ningún convidado sospechaba la existencia de la tercera.

Es cierto que Fargeau llegó mucho antes del principio del banquete, pero estaba tan preocupado que inspiraba lástima. Cuando se acaba de perder un tío y de encontrar diez coherederos inesperados, ¿quién piensa en cerrar una puerta?

Hacia las ocho de la noche los huéspedes del cas-

tillo de Ceuil se habían reunido en el salón oficial del banquete. Romblon, padre é hijo, excluidos por no tener la calidad de herederos, se habían retirado á sus habitaciones, donde les sirvieron una suculenta cena.

Todo el mundo agasajaba á los dos Romblon, cuyos méritos dejarán de ser pronto un misterio para los lectores.

Los convidados reunidos en el primer momento eran en número de siete.

Se colocaron como les pareció en torno de la mesa, y como el señor Fargeau intentara situarse en el centro, frente al ataúd, *Primo y amigo* le disuadió firmemente de ello y él mismo ocupó aquel sitio casi presidencial.

El lector no conoce estas naturalezas de herederos. Un *Primo y amigo* que tiene un testamento en el bolsillo, llega á lo feroz ó á lo sublime, según lo exigen las circunstancias. *Primo y amigo* se colocó en el centro de la mesa. A su izquierda se sentó Menand joven. El viejo Houel fué el que se acomodó á su derecha. Morin, Fargeau y Besnard formaron un grupo al extremo de la mesa. El joven Guérineul, que no estaba afiliado á ningún partido, eligió un buen sitio donde había un pastel frío, vino y ron.

Los otros lugares quedaron vacíos, aguardando á Luciano y otros tres herederos que ya tendremos ocasión de conocer.

Debemos confesar que, excepto Fargeau, que rabiaba de verdad á la perfección, los demás convidados se esforzaban en vano en aparecer tristes. A pesar del siniestro aspecto de aquella vieja sala, que olfa á incienso, todos tenían gozoso aspecto y brillaba cierta amable alegría entre los comensales.

Se trataba para cada uno lo menos de buenas diez mil libras de renta, cantidad que siempre es alegre.

En los primeros instantes, como la cámara mortuoria se encontrase á pocos pasos, se oía distintamente la voz del cura de Vesvron, que recitaba las letanías fúnebres. A la larga tal vez hubiera sido una vecindad molesta; pero bastaba hablar un poco para no oír nada.

La mesa estaba copiosamente servida de viandas

finas, vinos, etc., etc., y la conversación giraba sobre asuntos muy interesantes.

—Mis queridos primos y amigos—dijo el presidente Maudreuil,—al sentarnos á esta mesa, llenamos un pesado deber. Nuestro amigo y primo el respetable señor Crehu, que no hacía nada como los demás, ha querido reunirnos en un banquete de lágrimas. ¡Cúmplase su voluntad!

Sacó el pañuelo y todos le imitaron, excepto Fargeau. Pagado este tributo á la memoria del muerto, cada uno bebió y comió conforme á su apetito.

Solamente Fargeau no comía. Estaba vencido. El desgraciado se había condenado gratuitamente, á pesar de la exquisita diplomacia que había desplegado. Tenía diez coherederos; ¡él, que en sus sueños se había imaginado que era millonario!

Fargeau era asequible al remordimiento, aunque no le importara el crimen. En aquel momento pensaba en Berta. ¿Dónde estaba? ¿Arrastraría ya la corriente del Vesvron su pobre cuerpo al salto de Braix?

Para consolarse se devanaba los sesos, buscando ya el medio de enviar á sus *consortes* allí donde había enviado á Berta.

Pero ¿qué diferencia! ¡Era tan fácil perder á aquella pobre niña ciega!

—¿Acaso estamos aquí únicamente para comer?—dijo con amargo y triste acento.

—¡Diablo!—replicó Guérineul.—¡Y para beber!

—Si el señor de Maudreuil quisiese dejarme el testamento de mi tío—repuso Fargeau,—no me disgustaría conocerle.

—Mi primo y amigo—respondió Maudreuil,—en toda reunión, cualquiera que sea, hay un director oficioso ú oficial. Por tácito acuerdo de todos nuestros amigos y primos aquí reunidos, dirijo provisionalmente la reunión. Yo soy quien la ha provocado, mientras usted estaba no sé dónde. No es un reproche, mi primo y amigo Fargeau; pero yo velaba cerca del lecho de muerte de su respetable tío.

—Es verdad—interrumpió Guérineul;—Maudreuil esperaba en el pasillo.

—¿Es usted quien le ha cerrado los ojos?—conti-

nuó imperturbable *Primo y amigo*.—Estamos en familia y todo puede decirse. Si he abierto el cofre de Juan del Mar después de su muerte con un apresuramiento que los extraños acaso hubieran podido censurar, es á causa de usted, señor Fargeau.

—¿De mí, caballero?

—De usted, caballero.

Primo y amigo tenía un gesto olímpico.

—De usted—repetió,—y de usted solo, porque si el azar hubiese querido que el testamento cayese en sus manos, el testamento hubiera sido destruído.

Fargeau se levantó lívido de cólera. Miró en torno de la mesa para ver si podía esperar ayuda ó apoyo. Pero sus dos acólitos ordinarios bajaron los ojos.

Menand joven, que en otro tiempo había sido de su partido, se comía su servilletero con fiero continente.

Houel y Guérineul se sonreían con ademán hostil.

Fargeau volvió á sentarse.

—¡Enhorabuena!—dijo *Primo y amigo*.—Volver á sentarse es lo más sensato, porque (se lo prevengo paternalmente) nuestro joven amigo y primo el caballero Félix de Guérineul hace tiempo que busca la ocasión de desheredarle.

—¡Demonios azules! ¡Oh!—refunfuñó Guérineul.—¡Ya se encontrará!

—En cuanto al testamento—repuso *Primo y amigo* con doble solemnidad,—no es usted solo el que desea conocerle, sino todos. Pregunto, pues, á nuestros amigos y primos si están dispuestos á escuchar su lectura.

—¡Sí, sí, sí!—respondieron todos á una voz.

Maudreuil sacó respetuosamente de su bolsillo el papel timbrado.

—Los ausentes tendrán la culpa de que no se les comunique cuanto aquí se decida.

—¡Lea, lea!—gritaron todos con impaciencia.

Habían acercado las sillas y llenado los vasos.

—Antes de leer—dijo *Primo y amigo*—debo llenar una formalidad impuesta por el testador.

—¡Cuerpo de Dios!—exclamó Guérineul.—¡Qué necesidad de formalidades! Pero pásame su botella y llenemos la barriga.

—Esta última formalidad—continuó Maudreuil—consiste en pronunciar en voz alta el nombre de todos los herederos instituidos en el testamento, y cuya lista se encuentra en este papel. Empiezo: ¡Señor Fargeau Crehu de la Saulays!

—¡Presente!—respondió Fargeau de mala gana.

—¡Señor Luciano Crehu de la Saulays!

Nadie respondió.

—¡Señor doctor Morin!

—¡Presente!

Besnard, Menand joven, Houel y Guerineul respondieron igualmente al leer sus nombres.

—¡Señorita Olivette!—llamó Maudreuil.

Todos se miraron.

—Es Berta quien quiere usted decir...—murmuró Fargeau.

—No; señorita Olivette.

—¡Truenos del Infierno, está en la cocina!—dijo Guerineul.—¡Voy á buscarla, si usted quiere!

Primo y amigo le retuvo con un gesto y continuó su lista.

—¡Señor Tiennet Blóne!

Estalló un grito general. ¿Es que verdaderamente el difunto se burlaba de sus colaterales?

—¡Señor Honorato Crehu de Pelihou!—terminó Maudreuil.

Al llamamiento de este último, á quien nadie conocía, se oyó como un vago sonido.

—¡Otro ausente!—dijo Morin.

—¡Es asombroso!—murmuró Besnard.—Me ha parecido oír...

—A mí también—interrumpió Maudreuil.

—¿Qué?—preguntó el doctor.

—Me ha parecido—respondió Besnard—que una voz decía desde algún sitio, aquí en la cámara: ¡Presente!

—¡Diablos azules!—exclamó Guerineul.—¡No beba usted más, señor Besnard; tiene usted campanillas en los oídos! Si no hay nadie más que yo para ir á buscar á ese ciudadano, creo que no hará mucho daño á nuestras particiones.

—¡Escuche!—interrumpió aún Maudreuil poniéndose un dedo en la boca.

Sucedió algo extraño.

Se oyó muy distintamente una voz débil y dulce que no sabían de dónde partía y que repetía con cierta complacencia:

—¡Presente, presente, presente!

Cada uno miró á su vecino. En el silencio, la voz del sacerdote, antes ahogada por el ruido que se hacía en torno de la mesa, traspasó de nuevo el tabique entonando la lenta melopea de la oración mortuoria.

Estaban muy pálidos todos los herederos de Juan del Mar.

Aquellas dos voces, una de las cuales hablaba de muerte tan enérgicamente, y la otra que parecía salir de la tierra, helaban la sangre en las venas.

Era preciso muy poco para trocar aquella vaga inquietud en terror, y cada cual se estremecía violentamente con sólo ver el paño negro agitarse á impulsos del viento que procedía de los cristales rotos.

¿Era sólo el viento?

Cuantos se sentaban en torno de la mesa tenían en aquel momento la misma idea.

Se acordaban de la frase misteriosa: «El sillón de Juan Crehu permanecerá vacío y cubierto con un crespón negro hasta el momento en que le ocupe el que tiene derecho á ello».

.....
El sacerdote decía en la cámara mortuoria: *Fiant aures tuæ intendentes in vocem deprecationis meæ.*

Y la voz fantástica repitió al oído de los convidados:

—¡Presente, presente, presente!

Al mismo tiempo el paño negro se abrió y Juan del Mar apareció sentado en su sillón.

Era Juan del Mar, con la demacrada faz envuelta en su blanca barba.

Todos se levantaron. El más profundo terror se apoderó de los convidados.

Juan del Mar sonreía apaciblemente y repitió saludando á uno y otro lado.

—¡Presente, presente!

¿A quién, pues, el cura de Vitré recitaba las oraciones de difuntos?

XXIX

En que Menand joven se casa.

Hemos visto al fantasma atravesar la cocina de Ceuil, llenando de pavor á los criados antes de aterrizar á los señores.

Porque éstos estaban petrificados.

Morin, Besnard, Houel y Guerineul miraban al fantasma con ojos despavoridos; los dientes de Menand castañeteaban, á pesar de la servilleta que se había metido en la boca. El mismo presidente Mau-reuil perdió la serenidad.

Tan sólo Fargeau experimentaba cierta especie de maligna alegría viendo el espanto de sus compañeros.

Algunos sospecharon que el viejo Juan Crehu había desempeñado sencillamente una lúgubre farsa para chasquear á sus herederos.

Otros creyeron que se había producido un hecho sobrenatural, que el muerto se había levantado de su tumba.

Nadie pensaba en explicarse lógicamente la aventura. El nombre de Honorato Crehu de Pelihou nadie lo tomaba en serio.

Ni siquiera se acordaban de él.

Era Juan del Mar el que estaba allí.

—Mi respetable primo y amigo—dijo Maudreuil, que fué el primero en recobrar la palabra, pero cuya voz temblaba horriblemente,—no sé qué motivo ha podido inducirle...

—¡Presente, presente! — interrumpió el fantasma con agradable acento, y como si quisiera excusarse por haber llegado demasiado tarde.

Verdaderamente, no era la voz de Juan del Mar.

¡Pero aquella cabeza tan notable, aquella barba

blanca, aquella frente tan estrecha y tan pálida como la cera!

—Si fuese á buscar al señor rector—murmuró Houel al oído de *Primo y amigo*,—pudiéramos hacer un exorcismo.

En aquel momento el fantasma sacó del bolsillo de la chaqueta una pequeña tabaquera de plata.

Juan del Mar no tomaba tabaco.

—¡Por vida del Demonio!—dijo Guerineul bufando como un toro.—¡Toma tabaco, vive Cristo! ¡Este buen hombre es un chusco, cuerpo de Baco! ¡Mire usted, *Primo y amigo*, es una persona real y verdadera!

Se había roto el hielo. Todos miraron al fantasma con menos zozobra. Se notaban entre su persona y la de Juan del Mar diferencias poco sensibles, pero indudables. Tenía la nariz más larga, la barba más puntiaguda, la frente más recta y estrecha, y era más flaco que el mismo Juan Crehu, aun en su última hora. Decididamente, no era Juan del Mar. ¡Juan del Mar estaba bien muerto!

No obstante, Maudreuil sintió que un estremecimiento recorría todo su cuerpo cuando el fantasma extendió de pronto un brazo largo y seco como un palo de escoba y le puso la tabaquera bajo la nariz, diciéndole:

—¿Usted gusta?

Maudreuil y sus seis compañeros estornudaron, lo cual les hizo gran provecho.

El fantasma dijo políticamente y sonriendo:

—¡Dios los bendiga!

Maudreuil volvía á tomar su aire de importancia; Fargeau pareció reflexionar; Besnard y Morin no decían nada, esperando la lectura del testamento.

Primo y amigo sacó al fin del bolsillo aquel testamento famoso, que Fargeau reconoció perfectamente, pues la noche anterior lo había visto por el ojo de la cerradura.

El fantasma puso su pequeña tabaquera de plata encima de la mesa y se preparó á escuchar.

El fantasma parecía bien educado. Fuera de su extraña y misteriosa aparición, era verdaderamente un personaje respetable. Le temblaban algo la cabeza y

las manos; su rostro hético, que tenía exactamente los tonos del marfil viejo y amarillento, denotaba la sencillez propia de los niños y de los viejos.

Sus ojos parecían soñolientos como los de los gatos al sol. Pero á veces un relámpago fugaz iluminaba el fondo de sus pupilas.

—¿Es usted el señor Honorato Crehu de Pelihou?—le preguntó *Primo y amigo* con un resto de duda.

—¡Sí, sí!—respondió alegremente el fantasma.

—¿Y se puede saber cómo se ha introducido aquí?

El fantasma sonrió con amabilidad.

—Venía á hacer una visita á Juan del Mar—replicó,—una visita de amigo. Hacía sesenta y cinco años que no le había visto. En el camino me han dicho que había muerto. ¡Pobre Juan! Lo siento mucho, sí; pero quería saber lo que me ha legado en su testamento.

—Eso no nos explica por dónde ha entrado usted aquí—insistió *Primo y amigo*.

El fantasma frunció ligeramente sus blancas cejas.

—¿Por dónde he entrado?—dijo.—Se entra por donde se puede: el sol, á través de los cristales; el viento, por las hendiduras de las puertas. ¡Conozco el camino desde hace ochenta años... porque yo soy el mayor!

Y se irguió fieramente:

Si *Primo y amigo* hubiese leído enteras las cuatro páginas del testamento, hubiera comprendido estas palabras; pero ¡había tenido aquella noche tantas cosas que hacer! Apenas si había podido echar un vistazo al papel sellado para comprobar que su nombre estaba allí en lugar honroso.

No obstante, no repitió la pregunta, porque la mirada del fantasma no era para inspirarle tranquilidad.

—Déme usted la botella del ron—dijo en aquel momento el viejecillo.

Guerineul, que hubiera querido tener á su alcance un par de pistolas, le alargó la botella.

El fantasma vertió una gota de ron en la punta de un cuchillo y se lo acercó al extremo de la lengua.

Aquel exceso en la bebida le hizo más locuaz.

—De once que somos, estamos ocho—repuso,—pues

estoy al cabo de todo. ¡Sí, sí! ¿Dónde están los otros tres?

—Del señor Luciano Crehu y de Tiennet Blône—respondió Maudreuil—no sabemos nada; pero está ahí una joven llamada Olivette, á quien se puede preguntar.

—¿Se interesa alguien por ella?—preguntó el fantasma.

Nadie respondió.

El viejecillo hizo un segundo exceso: bebió dos gotas de ron, una después de otra.

—¡Los ausentes se lo pierden!—repuso.—¿La joven es rica? ¿Es hermosa?

—¡Por mi vida!—repuso Guerineul.—¡Es un pimpollo de amor!

—¿Quiere usted casarse con ella?

—Es una criada y yo soy gentilhombre.

—¿Y usted?—prosiguió el fantasma, dirigiéndose á Houel.

—Yo soy demasiado viejo.

—¿Y usted?—preguntó dirigiéndose á Menand joven.

La *Alcachofa* abrió desmesuradamente la boca y no dijo nada: por dos cebollas no hubiese hablado. Pero sonrió tiernamente é hizo signo de que aquella unión le haría dichoso.

—Pues bien—dijo el fantasma, que no temió servir tres nuevas gotas de ron en la punta del cuchillo,—asunto concluido. Usted redactará el contrato.

Sus ojos brillaron.

Intenso frío corrió por las venas de todos los presentes. Había en aquel buen viejecillo algo de diabólico.

—¡Sí, sí!—repitió guiñando los ojos.—Y en cuanto á los dos ausentes, ¡tanto peor para ellos! Más pronto ó más tarde, todos hemos de morir. ¡Tanto peor! ¡Tanto peor!

Aquellas palabras excitaron el asombro y acaso cierta viva inquietud entre los reunidos, cuya presencia de ánimo ya conoce el lector. Pero sobre todo había un pobre corazón que palpitaba en la sombra y al cual hirieron estas palabras como si fuesen una puñalada.

—Ahora—dijo el fantasma, que había adquirido una importancia igual por lo menos á la de *Primo y amigo*.—lea el testamento. Ya escucho.

Vertió cuatro gotas de ron en la punta del cuchillo y se las tragó valerosamente.

Después apoyó la barba en las manos y miró de frente á *Primo y amigo*, que tenía el testamento abierto.

El joven tosió solemnemente y comenzó la lectura.

—«Próximo á la muerte, yo, el abajo firmado, gozando de la plenitud de mis facultades intelectuales y morales, como lo prueba irrecusablemente la redacción de este documento, transmito á los que me han conocido mi pensamiento íntimo y mi postrera voluntad.

»Este es mi testamento, escrito todo él de mi puño y letra...»

—¡Esperad, esperad!—interrumpió el fantasma.—¡Eso empieza muy bien! ¡El picarillo de Juan tenía muy buen estilo! ¡Pero entra un viento colado por esa ventana!

Y señalaba la que estaba á su derecha, donde, efectivamente, el aire movía las cortinas. Guerineul se levantó y prendió la cortina con un alfiler que le dió la *Alcachofa*, el cual era un acerico viviente.

Si á Guerineul le hubiera dado la idea de levantar la cortina, hubiera visto... Pero no se le ocurrió hacerlo.

XXX

La lectura.

Primo y amigo continuó así la lectura del testamento de Juan del Mar:

—«Todo es de mi puño y letra.

»Empiezo por declarar sin orgullo y sin vergüenza

que no creo en nada más que en la perversidad innata de la raza humana.

»Tengo ochenta y cuatro años, y nunca he conocido un hombre que valiera la décima parte que un pavo engrasado y á punto para ponerle en el asador.

»Contar mi historia sería muy útil; pero quiero dejar á unos cuantos desdichados una fortuna que no puedo llevarme á la nada, y no pretendo fatigarlos relatándoles mi odisea.

»En dos palabras, nací en 1746. He conocido los dos últimos reinados de la gran monarquía, la república, el imperio y la nueva dominación de los Capetos.

»La antigua monarquía tenía algo de bueno; la república fué sublime y estúpida; el imperio no fué otra cosa que una gran ambición satisfecha; la restauración es una bestia enferma, á quien el liberalismo, más bestial que ella, pondrá una lavativa de agua caliente.

»Salí de mi país (¡necio país!) á la edad de diez y ocho años, y he vuelto á él á los sesenta y siete, permaneciendo ausente de él, por lo tanto, cuarenta y nueve de mi vida.

»Aquí no se está mejor que allí. En todas partes se aburre uno, porque en todas partes hay hombres.

»He sido soldado, desertor, prisionero en la Bastilla, patriota, sospechoso, proveedor de ejércitos y, finalmente, pirata, único oficio honrado.

»He matado muchos ingleses para obtener el título de héroe. Al principio, matar ingleses es interesante; pero al fin cansa. Hoy no movería el dedo gordo aunque se tratase de matar á diez ingleses.

»Estad seguros de que Marat se fatigaría de matar aristócratas. Todo es cuestión de tiempo.»

Primo y amigo tomó aliento.

El fantasma le miraba de frente, con la barba apoyada en sus huesosas manos.

Se comprendía que estaba un poco ebrio, porque había tomado cinco grandes gotas de ron con la hoja del cuchillo.

Fargeau escuchaba con aire desdeñoso.

Morin y Besnard prestaban oído gravemente.

Menand joven soñaba con su luna de miel y morisqueaba el mantel.

El viejo Houel abría desmesuradamente los ojos, y al joven Guérineul le parecía muy insustancial el testamento.

Nosotros también somos de su opinión; pero no perdamos de él ni una coma.

Primo y amigo prosiguió:

—«La raza humana es perversa porque es impotente, y recíprocamente. Si el hombre tiene aquí abajo un poder, es el de perjudicarse á sí propio dañando á otros.

»Todo lo demás es mentira.

»De donde resulta claramente que el progreso humano es una quimera.

»Resulta también que la misma idea del progreso, la simple y grave idea, antipática á la naturaleza del hombre, será algún día el mayor de los crímenes sociales. Para eso bastará que la idea del progreso conquiste bastantes prosélitos para inspirar miedo en un hermoso día al ser más pusilánime que haya en el mundo.

»Este ser pusilánime, cobarde, brutal, ciego y estúpido es el mundo mismo.

»El mundo ó, si se quiere mejor, la sociedad tal como está organizada.

»Me duele abandonar la Tierra antes de haber oído el primer cañonazo disparado con la pólvora que arde en el cerebro de los pensadores. Será muy curioso; mas pasará todavía mucho tiempo.

»Entre todos los países del globo, Francia es sin disputa el más tonto, el más ignorante y el más ladino. Se me puede creer, pues he dado cinco veces la vuelta al Universo.

»A causa precisamente de su preeminencia en punto á tontería, Francia está destinada, según todas las probabilidades, á apresurar la gran orgía de los pensadores.

»Será un gran acontecimiento. ¿Quisiera verlo!

»Cuando se haya descabezado á media docena de tiranos, plantado selvas de álamos, cortado algunos millones de cabezas y escrito montañas de papel blanco, las ranas pedirán rey.

»Desaparecerá el régimen constitucional, que no es más que una transición.

»El absolutismo, que es evidentemente el único estado normal y posible para la humanidad, se alzará sobre su trono, tantas veces derrocado: como dijo Napoleón, Europa será cosaca.

»Lo que ha colocado á Francia en esta pendiente es una cosa que yo adoro y que desagrada al doctor Morin: una cosa que se llama liberalismo.»

Morin se sintió lisonjeado; sonrió doctoralmente, y creyó un deber inclinarse como cuando en un sermón se pronuncia el nombre de Cristo.

Pero era deplorable el efecto que la lectura del testamento producía en la concurrencia. Este trozo, por tantos conceptos notable, hizo un completo fiasco.

Y como el fastidio es mal consejero, todos buscaron consuelo en el fondo de una botella. Los vasos se vaciaban silenciosamente.

Solamente el fantasma tenía cierto aire de complacencia, con su apergaminada piel y sus apagados ojos, que de cuando en cuando relampagueaban. Había empezado á tomar ron gota á gota y acabó por tomarlo á cucharadas.

Primo y amigo también sufría los efectos de la lectura. Estaba algo descorazonado. No obstante, prosiguió con resignación:

—«...El liberalismo me agrada porque no hay nada más miserable ni más mortal.

»El liberalismo no sabe lo que hace, no sabe lo que quiere, no sabe á dónde va. Es el orgullo grosero de la burguesía, que amenaza antes de sublevarse.

»El liberalismo vencerá y pondrá á la burguesía en el trono. En torno de su trono usurario, el azúcar, el añil, el café, el fin de mes, la cuenta corriente, el aceite de bacalao, etc., formarán la más pesada, la más ininteligente y la más villana aristocracia.

»¿Qué ocurrirá? La tercera capa social contemplará á la burguesía así entronizada sobre un nuevo pedestal, y la tercera capa social se estremecerá de furor, porque la burguesía será insolente como un especiero convertido en gran señor.

»Siempre habrá oposición. ¿Cuál será su nombre? No lo sé, ni me importa. Será el liberalismo del liberalismo. Para no torturar su imaginación, este partido leerá las obras de mi viejo amigo Babeuf.

«¡Sus! ¡Abajo todo lo existente! ¡Los sansimonianos que asombran á París están en la infancia del arte! La verdad es la mentira, la belleza es la fealdad, la propiedad es el robo, el día es la noche...»

El viejo Houel, que se contenía hacia diez minutos, dió un formidable bostezo, que despertó sobresaltado á Guerineul y á Menand joven.

Fargeau continuaba meditando. Besnard y Morin aguardaban la parte dispositiva del testamento.

En cuanto al fantasma, continuaba con la barba entre las manos, y sólo cambiaba de postura para tomar alguna que otra dosis de ron.

—¿No se podría saltar la parte política?—insinuó tímidamente Besnard.

—Los que se aburran de oír las últimas palabras de nuestro venerado primo y amigo—replicó Maudreuil reverentemente,—pueden retirarse y renunciar á sus beneficios.

Eso no entraba en los cálculos del hombre de ley.

—¡Paciencia!—repuso *Primo y amigo*, cuyos ojos habían recorrido las líneas siguientes.—¡Ya llegamos á algo más interesante!

Estas palabras reanimaron la curiosidad del auditorio y todos volvieron á escuchar.

Maudreuil continuó leyendo:

—«Pero la comedia conduce alguna vez al drama. No quiero desagradar á mis excelentes herederos, que han esperado mi muerte con tan discreta impaciencia. Si no fuera ya demasiado viejo, si tuviera la menor esperanza de asistir á la canonización de San Babœuf, suprimiría el sueldo al querido doctor Morin, mi médico, y no dejaría á mi dulce sobrino Fargeau servirme tan á menudo de beber.»

Primo y amigo se detuvo.

Todo el mundo abrió los ojos.

El fantasma sonreía dulcemente, Morin se agitaba en su silla, y el rostro del joven Fargeau se tiñó de una palidez lívida.

**

Como ya lo hemos dejado adivinar, había alguien detrás de las cortinas de la ventana que estaba á la izquierda del fantasma.

Una mujer á quien la espesa tela dejaba en obscuridad casi completa estaba allí desde la entrada de los convidados.

Las últimas palabras pronunciadas por Maudreuil la hicieron estremecerse.

En aquel momento una mano la tocó por detrás y su boca se abrió para arrojar un grito.

La mano oprimió su brazo fuertemente.

—¡Soy yo, señorita Berta!—dijo al mismo tiempo una voz á su oído.

—¡Tiennet Blône!—murmuró la joven.

—¡Chist!—dijo la voz.

Tiennet, pasando la mano por el agujero de un cristal roto, cogió la falleba. La ventana se abrió y el mozo entró.

XXXI

¡Pobre niña!

¿Cómo se encontraba allí Berta la ciega y por qué Tiennet Blône la acompañaba?

Cuando Berta se hubo alejado del roble de la Mes-tivière y atado el perrito Cheri á una rama, Berta quería morir.

Fuera de Luciano, único ser á quien amaba en el mundo, no había para Berta esperanza ni felicidad. Le amaba con una pasión profunda y reflexiva. Aunque era muy superior á Luciano, su ternura estaba llena de adoración.

Le había erigido un pedestal en el fondo de su corazón. Creía en él como en Dios.

Pero Luciano no la amaba ya, y su corazón le decía:

—¡Puesto que eres un obstáculo en su camino, sepárate!

Muy pálida y con los hermosos cabellos negros agitados por el viento, la hemos visto lanzarse al borde de la plataforma.

¡Pobre niña ciega! ¡Feliz y henchida de esperanza, acaso en un hermoso día de gozo el azar la hubiera hecho rodar al fondo del abismo!

Pero al presente, que buscaba el abismo, no le encontraba. Cuando sus pies se separaron del suelo y el grito «¡Dios mío, tened piedad de mi alma!» se escapó de su boca, no era el Vesvre lo que había debajo de ella, sino la alfombra de césped que bordeaba el camino de Vitré. A diez pasos hubiera encontrado el precipicio; pero allí no había más que una altura de tres ó cuatro pies, y el suelo estaba cubierto de yerba que amortiguó la caída.

Se levantó aturrida y magullada.

El choque estremeció sus entrañas. Se sintió madre y le inspiró horror la idea del suicidio.

Una vez pasado el primer momento, en que la desesperación carece del freno de la razón turbada, era imposible que Berta volviese á concebir el cobarde pensamiento del suicidio.

Dios y su hijo, dos veces que había enmudecido el desaliento, volvieron á levantarse en su corazón.

Aquel cuerpo encantador, delicado, frágil y lleno de gracias, estaba animado por un espíritu valeroso. Berta había sufrido desde la infancia, y la prolongada soledad de su alma, en la cual el pensamiento de Dios era su único consuelo, le había infundido alientos.

Fué como un despertar. Se arrodilló y oró ardentemente, por ella misma que acababa de pecar, por su hijo y por Luciano.

Después descendió al sendero del Vesvre.

La noche era oscura; pero ¿qué le importaba la noche? No sabía por dónde iba; marchaba para alejarse de Ceuil, para separar del camino de Luciano un objeto de pena ó de desgracia.

Quería ir lejos, muy lejos; tan lejos como pudieran llevarla sus piececitos.

Caminó durante una hora, durante más de dos.

Subió abruptas sendas, descendió rápidas cuestas. Sus pies sangraban heridos por las espinas del camino.

Ya atravesaba húmedas praderas, ya pedregosas landas, ya montes por los cuales no podía caminar sino separando las ramas con la mano.

Crefa encontrarse, por lo menos, á tres ó cuatro leguas del castillo.

Y cuando oyó esos rumores confusos que anuncian la proximidad de un sitio habitado, ecos de voces, gruñidos de bestias y el chirrido de una enmohecida veleta, pensó al pronto pedir hospitalidad en aquella mansión lejana y desconocida.

Avanzó en la dirección del ruido, y á medida que avanzaba, lo que reemplaza á la vista en los ciegos, ese sentido mixto, compuesto del olfato, del tacto y del oído, la puso en guardia.

Escuchó, tanteó con el pie las asperezas del camino, palpó la corteza de los árboles.

Aquella casa lejana y desconocida era el castillo de Ceuil.

¡Siempre el eterno obstáculo á su voluntad!

Sin embargo, no emprendió nuevamente la marcha. Puesto que el azar volvía á conducirla á Ceuil después de los mil rodeos que había dado en la llanura y en el bosque, había que aprovecharse de él.

Quería vivir y alejarse. En su cuarto tenía dinero y alhajas. Subió á él para llevarse cuanto pudiera.

Era el momento en que los herederos, saliendo del cuarto de Juan Crehu, se dirigían á la sala roja, donde debía tener lugar la lectura del testamento.

Berta no sabía que su tío hubiera muerto. Volvía de su cuarto con su pequeño tesoro, y atravesó las galerías rápidamente para salir del castillo sin ser vista, cuando oyó el eco de muchos pasos, que le hicieron el efecto de un ejército caminando en las tinieblas.

Pasaba por delante de la sala roja, que estaba abierta de par en par. Entró allí para dejar pasar á la gente que venía, y al entrar aquella gente en pos de ella, Berta se escondió detrás de la cortina, acurrucándose en el hueco de la ventana.

Desde allí oyó todo lo que hemos referido.

Lo primero que observó fué la ausencia de Luciano.

Se estremeció al oír las amenazas encubiertas proferidas contra los herederos que no estaban presentes para concluir el pacto.

En cuanto al testamento de Juan del Mar, la joven le oyó leer; pero le pareció una serie de palabras faltas de sentido.

¡Pobre filosofía! ¡Hacía que se durmieran los hombres y ni siquiera conseguía asustar á las mujeres!

Si Juan del Mar hubiera podido preverlo, aseguramos bajo juramento que hubiese muerto como buen cristiano.

Una cosa extrañó á Berta extraordinariamente: el pasaje en que Juan Crehu daba á entender que desconfiaba del doctor y de Fargeau hasta el punto de poner en duda la lealtad de sus cuidados.

Berta no veía; pero á veces había notado que los brebajes que servían al anciano tenían un olor extraño.

En su escondite no tenía al presente otro pensamiento que prevenir á Luciano y ponerle en guardia contra aquellos hombres antes de partir.

Pero Tiennet Blône tenía buenos ojos y se encontraba en aquel momento al lado de la pobre ciega.

He aquí lo que le había ocurrido á Tiennet Blône.

XXXII

Un relato de Jaime el pastor.

Al salir de la habitación del muerto, Tiennet había tomado el camino de la Mestivière, porque uno de los criados del castillo le dijo que el señor Luciano Crehu había ido á Vitré por la tarde de orden de Juan del Mar. Luciano era su amo y su amigo.

Sentía vagamente que un gran peligro se cernía sobre él. Quería verle, prevenirle y defenderle.

Y con este propósito que abrigaba en el fondo de su alma, una multitud de ideas combatían en su pensamiento como las sombras del follaje se agitan sobre la superficie de las aguas cuando hace mucho viento y claro sol.

¡Su padre! Ya sabía el nombre de su padre, y su padre había muerto.

Era, pues, hijo de un gentilhombre.

Al que lo hubiese negado, Tiennet le hubiera derribado de un testarazo. ¡Pero era un hijo abandonado, renegado, desconocido!

—¡Dormid en paz, padre mío! Lo que deseaba ya lo tengo; buscaba lo que he encontrado: no necesito más.

Se decía esto con orgullo.

Pero su corazón palpitaba con violencia, y no por la rapidez de la carrera, que había hecho subir hirviente sangre á sus mejillas, tan pálidas de ordinario.

Sentía deseos de llorar.

Levantaba la cabeza y decía:

—¡Cuando uno conoce su mal, ya está curado! No lloraré más. ¡Tiennet Blône, eres un hombre!

Y como la víspera, sacudió sus largos cabellos al viento de la noche y entonó una copla de su canción:

El señor Bertrán dijo al inglés:

¡adelante!

¡adelante!

Por alcanzarte daría

¡mi cabeza!

¡mi cabeza!

Pero su voz se extinguió antes de haber cantado el último verso. Se cubrió el rostro con las manos y las lágrimas corrieron á través de sus dedos.

—¿Y los demás?—murmuró.—¿Qué han hecho para tener una madre? ¡Que Dios se lleve mis ojos y me deje ciego! ¡Que Dios me lleve las dos manos, cuanto tengo, y á cambio de ello me dé una madre!

Se secó las lágrimas, porque se avergonzaba de

llorar. Otra vez quiso cantar, pero su alma estaba desesperada.

Y repetía hasta la saciedad, como un maniático ó un inocente:

—¡Es en el señor Luciano en quien yo pienso, y no pienso más que en él!

Atravesó en tres zancadas las Mestivière y descendió al sendero del Vesvre. A lo largo de la rampa vió una sombra que se movía lentamente á la misma orilla.

—¿Quién va?—gritó.

—¡Justamente—respondieron—á nadie le importa!

Un momento después Tiennet estaba al lado de Jaume el pastor, que se ponía sus medias de lana sentado á la orilla del Vesvre.

—¿Has encontrado al señor Luciano?—le preguntó Tiennet.

—¿Quién te ha dicho que yo buscaba al señor Luciano?

—¿Le has encontrado?

—Sí.

Jaume había acabado de ponerse sus medias. Se calzó los zuecos, cogió el cayado y se levantó.

—Tiennet—dijo con sentencioso tono,—hay hechizos en el país. ¿Conoces al señor Honorato el *Tragamonedas*?

—No—respondió Tiennet, que contenía á duras penas su impaciencia.

—Pues bien—repuso Jaume,—yo voy á acostarme.

Tiennet le cogió por un brazo.

—¿Dónde está el señor Luciano?—repitió.

—¡No me aprietes así!—repuso Jaume.—Me habías dicho que desconfiara y he desconfiado. He visto al señor Fargeau conducir á Olivette al hueco del roble, y allí han fraguado alguna villanía en presencia de la señorita Berta.

—¿La promesa de casamiento?—murmuró Tiennet.

—Un papel que había en un agujerito cubierto de musgo.

—¿Es la promesa!—repitió Tiennet, quedándose pensativo.

—La promesa ó no la promesa, yo me dije: es preciso buscar al señor Luciano.

—¡Y has hecho bien, muchacho!—exclamó Tiennet estrechándole la mano calurosamente.

La primera idea que se le ocurrió á Tiennet era que quizás habían matado á Berta. Hacía mucho tiempo que sospechaba la posibilidad de tal crimen, porque desde largo plazo había sorprendido el testamento en que el viejo Juan Crehu instituí á Berta su legataria universal. ¡La promesa! ¿Por qué haber sustraído la promesa de matrimonio? Tiennet no lo comprendía y por eso estaba inquieto.

—He partido, pues—dijo Jaume,—y de la Mestivière hasta Vitré he corrido como una liebre. Pero Vitré es más grande que Vesvron, y el señor Luciano no me había dicho adónde iba. He ido de puerta en puerta diciendo: ¿Han visto por aquí á mi joven señor? Y nadie ha podido decirme nada de él.

Jaume no pronunciaba muy á menudo discursos tan largos.

Tomó aliento y prosiguió:

—¡Aquí viene lo bueno! Por nada del mundo me podía echar á la cara al joven señor. Por último, el hijo del Courovisier, que es tuerto, me dijo: El señor Luciano está en casa del *Tragamonedas* Honorato, que vive en el callejón del Pozo Rondel. Corro al callejón del Pozo Rondel. ¡Eh, señor Luciano, señor Luciano Crehu! exclamé. Pero el *Tragamonedas* abrió el ventanillo y me llamó villano en mis propias barbas. He aquí todo.

Jaume hizo un molinete con su garrote y se preparó á subir á la plataforma.

—¡Espera!—le dijo Tiennet.—¿Duerme alguna vez el señor Luciano en Vitré?

—Cuando duerme allí, es en casa de mamá *Rogome*.

—Voy allá.

Tiennet puso el pie en el agua para atravesar el río, pero al punto mudó de propósito.

—Si vuelve al castillo durante mi ausencia—pensó,—esos miserables le harán pedazos. Escucha, Jaume; es preciso que vuelvas á Vitré.

—¡Bueno!—respondió el pastor.

—Vas á casa de mamá *Rogome* y dices al señor Luciano que la señorita Berta no ha parecido. ¡No!—repuso vivamente.—No le hables de la señorita Ber-

ta. Es preciso que conserve toda su serenidad. Le dices nada más que el señor Juan Crehu ha muerto.

—¡Muerto! —replicó el pastor con la boca abierta. —
¡No es posible! ¡Un hombre tan viejo!

—¡En marcha! —ordenó Tiennet.

Jaume se quitó de nuevo sus medias de lana y atravesó el río.

—Tiennet —dijo desde lejos, —mientras yo hago tu encargo, busca tú á la pobre señorita Berta.

Tiennet se dispuso á subir al otero. Al poner el pie en la plataforma oyó un lamento quejumbroso de una voz que conocía. Se lanzó hacia el roble hueco, porque el ruido parecía proceder de aquel sitio.

En la sombra, al pie del árbol, vió un objeto blanco que se agitaba y reconoció á Cheri, el perro favorito y lazarillo de Berta.

Un sudor frío empapó las sienes de Tiennet Blône.

XXXIII

Cheri.

El pobre perrito Cheri estaba casi estrangulado á fuerza de tirar de la cuerda que le retenía cautivo.

Maquinalmente miró Tiennet al lado de la barandilla que daba sobre el Vesvre, á ciento cincuenta pies de altura.

Las almas que se parecen, se adivinan. Había algo de semejante entre aquellas dos naturalezas valerosas y jóvenes, Tiennet y Berta.

Además, Tiennet conocía á Fargeau. Adivinó por una especie de intuición la escena que algunas horas antes se había desarrollado en aquel sitio, y comprendió el uso que se habría hecho de la promesa.

El momento no era el más á propósito para reflexionar. Tiennet desató al perrito, que al punto sa-

lió disparado como una flecha hacia el sitio por donde Berta había desaparecido. Tiennet le siguió corriendo.

Cheri olfateó y buscó algunos segundos en el sitio en que Berta había caído. Después retrocedió con el hocico en la hierba, gruñendo y aullando.

Tiennet iba detrás de él, con las cejas fruncidas y el corazón oprimido.

Era una caza extraña. Cheri seguía olfateando las mil vueltas que Berta, sin quererlo, había dado en el bosque. Acá y allá se detenía exhalando un débil gruñido, y de nuevo emprendía la marcha.

A Tiennet le costaba trabajo seguirle.

A cada momento esperaba ver al perro detenerse y su corazón se estremecía. Porque á lo largo del camino había muchos despeñaderos bastante profundos para servir de tumba á una pobre muchacha.

Una vez Cheri se paró con sus patitas temblonas y extendidas. Su gruñido se hizo más cariñoso y más triste. Tiennet se llevó ambas manos al pecho. Un desvanecimiento obscureció sus ojos. Creyó ver sepultada entre guijarros una forma blanca, tendida, inmóvil y sin vida.

Era la fiebre que le producía alucinación. Cheri se había parado ante un jirón del traje de Berta, desgarrado por las espinas de un zarzal.

La larga ruta, que la joven había empleado casi tres horas en recorrer, la hicieron Cheri y Tiennet en menos de veinte minutos.

Tiennet entró en el castillo.

En la cocina no habían visto á Berta.

—¿Y el señor Luciano? —preguntó.

Tampoco al señor Luciano.

Tiennet respiró.

Le dijeron que los señores se habían encerrado en la sala roja.

La sala roja daba al patio de atrás. Tiennet se dirigió á él.

La noche era muy oscura. La débil luz que pasaba á través de la espesa tela de los cortinajes era para Tiennet, que venía de fuera, como la claridad del día. Reconoció á Berta. Su corazón palpitó, asombrándose él mismo de la emoción violenta que sen-

tía. Porque hasta entonces el interés que Berta le inspiraba no era más que un reflejo de su afecto por el señor Luciano Crehu de la Saulays.

Aunque de toda la gente del castillo era á Tiennet á quien menos conocía Berta, al reconocer su voz no tuvo miedo.

—Señorita Berta—dijo él,—la he creído muerta.

—No es á mí á quien quieren matar—respondió Berta;—es á Luciano.

—¡Aquí estoy yo!—dijo Tiennet, intentando interrumpirla.

Peró la joven le cortó la palabra y terminó:

—¡A Luciano y á usted!

El joven aldeano irguió la cabeza con orgullo.

—¡A mí no me matarán!—dijo, como ya lo había dicho en la cámara mortuoria.—Señorita Berta—repuso con voz dulce y tímida,—yo no sabía cuánto la amaba. Cuando la he creído muerta, parecía que iba á rompérseme el corazón. ¡Qué hermosa es usted y qué bien hace el señor Luciano en amarla!

Una nube oscureció la frente de la joven.

—¡Chist!—murmuró.—¡Se oye á través de este cortinaje! ¡Piense usted en salvar á Luciano!

—Le salvaré por él, señorita Berta—repuso el joven, que tenía la mano sobre el corazón y cuyo acento caballeresco conmovió el alma de Berta;—le salvaré por él, porque le amo; pero ahora siento que también le salvaré por usted.

* * *

Al otro lado del cortinaje el efecto producido por la extraña acusación dirigida en el testamento mismo contra Fargeau y Morin no se había calmado.

—¡Ese testamento—dijo Fargeau con amargo acento—es una obra de locura!

—¡Acusar así á un hombre de mi condición!—murmuró Morin.—¡Al fin era un liberal!

El fantasma extendió sus escuálidas manos para calmar la tempestad naciente.

—¡Chist!—dijo con su sonrisa de esqueleto.

—Haré una sola observación á nuestro primo y amigo Fargeau—dijo Maudreuil.—Puesto que supone que el testamento de nuestro venerable Juan Crehu esté inspirado por la locura, debe renunciar á sus beneficios.

—¡Demonio!—exclamó Guérineul.—¡La herencia inspira talento á este tonto de Maudreuil!

En vez de responder á la impertinente observación de *Primo y amigo*, Fargeau se encogió de hombros y se encerró en una fría dignidad.

El doctor Morin hizo lo mismo.

Bien que ambos fuesen habitualmente sobrios, aquella noche dedicaban poca atención al burdeos. Los demás convidados le hacían los honores mucho mejor que ellos.

En cuanto al fantasma, continuando la gradación que hemos indicado, ya había llegado á servirse un vaso de vino lleno de ron.

Era lo suficiente para embriagar á un toro; pero las mejillas del fantasma conservaban su lívido color de marfil antiguo.

Cuando *Primo y amigo* reanudó su interrumpida lectura, el fantasma, lo mismo que antes, apoyó la barba entre las manos y escuchó.

XXXIV

Legados y liberalidades.

El testamento continuaba así:

—«No teniendo esperanza de vivir más de tres ó cuatro años, en los cuales me guardaré de mis parientes y de mis amigos, dejo marchar las cosas á la voluntad del azar, único dios que siempre ha regido el mundo.